

LA DESBANDÁ. IMÁGENES DE LA CRUELDAD.

Pura Sánchez

Es la primera vez que me ocupo de reflexionar sobre “La Desbandá”, sobre esa tragedia humanitaria ocurrida entre las poblaciones de Málaga, al borde de la caída, y la resistente y republicana Almería, en la semana del 7 al 13 de febrero de 1937.

Causa cierta perplejidad, habiendo como hay ya estudios y testimonios de la magnitud de la masacre, que esta no se haya convertido aún en el indiscutible punto de referencia de la matanza de civiles, si no para el estado español, al menos para Andalucía.

Las cifras que barajan quienes investigan este genocidio planificado y calculado como un acto de eliminación de la presumible resistencia de la población civil, aunque variables e imprecisas, resultan siempre pavorosas: emprendieron el éxodo forzoso entre 100.000 y 150.000 malagueños y andaluces llegados del norte de la provincia, así como de las provincias limítrofes, ya en manos de los golpistas.

Para muchos de estos refugiados, el éxodo se había iniciado tiempo atrás, a medida que las fuerzas rebeldes, llamadas perversamente “de liberación”, iban ocupando en pueblos y ciudades.

[Foto 1. Córdoba, septiembre, 1936. Robert Capa.]

A las cifras del éxodo hay que añadir las de la muerte: entre 5.000 y 7.500 personas se quedaron en el camino. A pesar de la magnitud de la tragedia, este “guernica” andaluz no ha tenido su pintor, si bien son cada vez más los investigadores, asociaciones y personas empeñadas en que no caiga en el olvido.

[FOTO 2. Caminar sin descanso. Norman Bethune.Hazen Size]

Repasando las escenas que fotografió Hazen Size, compañero en las tareas de rescate y atención sanitaria del médico canadiense Norman Bethune, a lo largo de los más de 200 kilómetros de la llamada “carretera de la muerte”, solo se me ha ocurrido una palabra para nombrar esta visión: crueldad. El término crueldad indica Inhumanidad, impiedad, falta de compasión, barbarie. Y quienes se conducen de manera cruel se asemejan con su proceder a los animales, alejándose así de su condición humana. Quienes así se conducen, intentan despojar también al enemigo, al otro, al diferente de su

humanidad, como un paso previo a su eliminación. Podría afirmarse, por tanto, que la crueldad, inoculada en las conductas humanas, es un elemento destructivo que arrasa con la humanidad tanto de quien se conduce con crueldad como de quienes la padece.

Sin embargo, creo interesante dejar constancia de que mientras las tropas rebeldes y sus aliados trataban como ganado a este río de personas, los caminantes de esa carretera imposible ejercieron entre ellos y con los grupos familiares, a veces también con extraños, una suerte de trabajo humanitario que les mantuvo y afianzó en su carácter de seres humanos, a pesar del hambre, del frío, de la lluvia, del terror y de la muerte.

En ese transitar evitando la muerte, las mujeres se quitaron sus delantales para cubrir la cara de los muertos recientes; en un acto de piedad suprema, algunos padres prefirieron dar muerte a sus hijos por su propia mano antes que dejar que cayeran en las manos de quienes los acosaban sin tregua; las madres convirtieron las sábanas en lazos de ternura que amarraban a sus criaturas evitando que se apartaran de su lado, mientras inventaban juegos nunca antes jugados, en los que los niños reían a hombros de sus padres, a lomos de caballerías o montados en una carretilla de mano.

[FOTOS 3 Y 4. Todavía es posible una sonrisa... Norman Bethune. Hazen Size]

Con todo, los primeros kilómetros fueron los menos duros: las fuerzas todavía acompañaban y se pensaba que, con un poco de suerte, en breve llegarían a casa de los parientes que los esperaban en alguna de las poblaciones del camino y, si no, empezar la vida en otro sitio. Quizás, quien sabe, tal vez podrían hasta regresar a Málaga...

En ocasiones, el relato hablaba de una excursión aventurera y extraña en la que era posible incluso encontrar algún tesoro: una caja al borde del camino, con un primoroso vestido en su interior, tal vez una muñeca abandonada...Cualquier cosa para intentar ocultar el horror del éxodo.

[FOTO 5. Niña y muñeca ¿abandonadas? Norman Bethune. Hazen Size]

A veces, sin embargo, era imposible seguir fingiendo algún juego, al encontrar una criatura acurrucada y desencajada por el miedo de haber perdido a su familia. Entonces solo cabía consolarla, secar sus lágrimas, cobijarla como propia y seguir andando.

En las horas previas a la salida, las familias no habían tenido mucho tiempo para pensar. Inquietos por la prontitud con la que los refugiados que abarrotaban las calles, las plazas y las iglesias de la ciudad, se había puesto en marcha, esto los puso sobre aviso,

así como los relatos de las atrocidades que cometían las tropas rebeldes cuando tomaban una plaza. Las terribles amenazas que el general Queipo de Llano lanzaba cada noche en la radio aumentaban el temor y la inquietud. Los relatos de esos refugiados venían a confirmar que eran capaces de cumplir sus amenazas. Por eso, ante un terror seguro, muchos y muchas prefirieron tomar el camino incierto.

En los relatos de los testigos eran con frecuencia las mujeres quienes insistían a los hombres en emprender el viaje, cuando no lo decidieron ellas solas, temiendo por las vidas de sus hijos, por la integridad de sus hijas ante la llegada de los regulares, por que se acrecentara la escasez y la vida fuera cada vez más invivible.

[FOTO 6. ¿Qué llevarse, qué dejar?. Norman Bethune. Hazen Size]

Entonces se planteó la pregunta de cuya respuesta podía depender la supervivencia del grupo: qué llevarse y qué dejar atrás. Hubo quienes intentaron cargar con lo más valioso: mantones de Manila heredados, colchas del ajuar de boda, alguna joya, una cunita donde acostar al recién nacido, el vestido celeste que se acababa de estrenar... ; pero luego los deseos fueron quedando sepultados por las necesidades y se impuso llevarse lo preciso: unas mantas, algo de ropa, una cacerola, los alimentos de que se dispusiera... Y máquinas de coser, muchas, que quedarían abandonadas en los márgenes del camino tras los primeros días, cuando se hizo evidente que entorpecían los movimientos para ponerse a cubierto de las bombas y las ráfagas de las ametralladoras. En esas circunstancias, las mantas se revelaron de gran utilidad porque, aparte de defender a los chiquillos del relente que venía del mar, también podían servir para escamotearlos a las balas asesinas.

En el camino, eran mayoría las mujeres solas con niños y con ancianos, convertidas en el centro de la resistencia a la muerte. Sus caras reflejaban el cansancio, la desolación, la derrota, y aún así, siguieron andando, como si el movimiento fuera el antídoto contra todo eso. Siguieron con la determinación suficiente para acarrear todo aquello que les permitiera reconstruir su vida en otro lugar. Solo así se explica el empeño en llevar máquinas de coser, ollas o recuerdos. Para intentar construir, allá donde llegaran, una cotidianeidad si no podía ser mejor, al menos idéntica a la que acababan de perder; en esas circunstancias, la máquina de coser para aviar una ropa que sustituyera a los harapos que vestían sus hijos, una olla en la que guisar algo caliente por primera vez tras la caminata, unas mantas con las que abrigarse por las noches, unas fotos que les recordaran la vida que acababan de dejar atrás.

[FOTOS 7, 8 Y 9. Lo cotidiano, tan cerca y tan lejos...Norman Bethune. Hazen Size]

Sin embargo, cuando emprendieron el camino, muchos de ellos desconocían que la llegada a Almería no sería el final de su viaje, sino en muchas ocasiones el final de la primera etapa, a la que siguieron más y más viajes, a Barcelona, a Francia, a México, a Argel... y no siempre a un hogar, con una familia aunque fuera postiza, sino a inhóspitos campos de refugiados o a crueles, de nuevo la crueldad, campos de concentración.

También hubo quienes decidieron volver a Málaga. Creyeron ingenuamente que el peligro había pasado, pero debieron enfrentarse al estigma de los que huyeron con los rojos, desconfiando del poder salvífico del *glorioso ejército nacional*. Allí se encontraron con sus casas revueltas o sin casa, con una ciudad poblada por el silencio y la desolación en la que se escuchaban nítidamente cada madrugada las descargas de los pelotones de fusilamiento, seguidas de los tiros de gracia, que permitían a una población insomne y aterrorizada contabilizar los muertos. Así, quienes volvieron comprobaron, si les alcanzó la vida, cómo en el corto periodo transcurrido desde la salida, los días de carnaval habían dado paso a un tiempo desolado y opresivo, preludio del silencio y la muerte.

Unos y otros, en las largas noches del exilio interior y del exilio exterior, recordarían por siempre los sonidos de la carretera de la muerte: los vuelos rasantes de los aviones y las ráfagas de ametralladoras, los cañonazos y cómo a ese estruendo seguía un silencio denso, interrumpido aquí y allá por el llanto de una criatura, la voz de una madre que llamaba a la niña que no encontraba, el grito traspasado de angustia de otra, que acababa de descubrir a alguien de su familia que ya no vería otro amanecer, los lamentos de los heridos y mutilados.... El infierno estaba allí, agazapado en la carretera y podía hacerse presente de un momento a otro.

A veces, al cerrar los ojos para llamar al sueño, acudían imágenes sueltas: un padre enterrando a un bebé a la sombra de un olivo, mientras la madre lloraba en silencio apretando sus pechos vacíos; un hombre empujando al mar el carrito de su pobre niña inválida, una mujer muerta y una criatura a su lado, que seguía amamantándose. A veces, los recuerdos eran sabores y sensaciones: el sabor agrio del agua ensangrentada, bebida a oscuras para calmar la sed, el dolor de las ampollas en los pies, la aspereza de los labios resecaos y agrietados, el regusto dulce de la caña de azúcar, masticada con rabia para sacarle algo de jugo...

Muchos se preguntarán si tuvieron que irse; si se miran los datos de la barbarie, 4.000 fusilados por las tropas golpistas en los primeros días de la toma de Málaga, el

éxodo estaba más que justificado. A eso habría que añadir la consideración de que la ciudad había sido “sacrificada” por las autoridades republicanas¹, pensando que así se afianzarían otros frentes y que los vencedores tal vez no fuesen capaces de ensañarse, como lo hicieron, con la población civil.

Con el tiempo, ni los vencedores ni los historiadores de la victoria se refirieron a la matanza de la Desbandá, tal vez conscientes de que era un episodio desprovisto de épica. También las autoridades republicanas extendieron un manto de silencio sobre lo ocurrido, quizás sintiéndose responsables de las terribles consecuencias de su inacción política y militar. Tal vez por eso hace apenas diez años que la sociedad civil se ha propuesto romper esta dinámica de silencio y olvido con actuaciones de memoria y verdad.

Sin embargo, para quienes hayan querido saber, no han faltado los relatos orales ni los testimonios de primera hora. El diario británico *The Manchester Guardian* se refirió así a la Desbandá: “El camino se tornó en un infierno bombardeado por los barcos fascistas españoles y los aviones alemanes e italianos. Pronto el camino quedó cubierto de muerte. Se fueron abandonando enseres y bultos, y cuando la comida empezó a faltar, la marea de refugiados arrasó los campos de caña de azúcar. Los pueblos por los que pasaban se negaban a ayudarlos temerosos de futuras represalias. Muchos de ellos murieron en las cunetas...”.

El corresponsal del *Daily Worker*, Arthur Koestler, dice así en su crónica: “El río de refugiados se dirige a una trampa mortal. La carretera está todavía abierta, pero bajo el fuego de los barcos de guerra y de los aviones que ametrallan a los refugiados”.

[FOTO 10. Caminando a pesar de todo. Norman Bethune. Hazen Size]

Conocidas son también las anotaciones que hizo en su diario el médico canadiense Norman Bethune, mientras se movía por la carretera desde Almería a Málaga, tratando de socorrer a los refugiados: “Yacían hambrientos en los campos, atenazados, moviéndose solamente para mordisquear alguna hierba. Sedientos, descansando sobre las rocas o vagando temblorosos sin rumbo. Los muertos estaban esparcidos entre los enfermos con los ojos abiertos al sol”.

Uno de los testimonios más vivos es el del filósofo Adolfo Sánchez Vázquez, quien hizo el camino “con un niño sobre la espalda y otro en brazos”, habiendo dejado en la ciudad a su hermana, a cargo de su madre anciana “sumida mentalmente en un mundo

1 Adolfo Sánchez Vázquez. “Málaga, ciudad sacrificada”. *Hora de España*. N.º 3. Valencia, marzo, 1937

infantil”, con la esperanza de socorrer a su padre y a otro hermano, que estaban en la ciudad resistiendo a las tropas rebeldes.

[FOTO 11. A veces, detenerse es firmar la sentencia de muerte. Norman Bethune. Hazen Size]

Relata Sánchez Vázquez cómo la marcha se iba volviendo más dura a medida que la marea humana se alejaba de Málaga:

“Ya cerca de Nerja hay muchos pies que se resisten a marchar. Otros, en verdad, no caminan, sino que se arrastran multiplicando sus ampollas. Hay ojos que ya no quieren mirar sino cerrarse. Y hay labios que solo se despliegan para pronunciar débilmente estas palabras: ¿dónde está el fin?(...) Como fantasmas en la noche última, se arrastran cuerpos con los pies sangrando, los pulmones secos y las bocas jadeantes, pronunciando una sola palabra que se repite débilmente: Almería, Almería, Almería...Aunque también hay algunos que avanzan como autómatas, pronunciando palabras incoherentes, ya fuera del reino de la cordura.”²

[FOTO 12. La odisea continúa. Refugiados malagueños en Almería. Febrero, 1937. Gerda Taro.]

“Después la odisea continúa. Los que llegaron hasta Almería con los pies abiertos, el corazón hundido, con la familia deshecha, han levantado para siempre la acusación más firme contra la barbarie del fascismo”.³

A partir del relato autobiográfico de Sánchez Vázquez, escribí un relato titulado “Heridos por la espalda”⁴, donde reflejo de forma *literaturizada* la vivencia de quienes un día abandonaron su casa sin saber cuándo regresarían. A este relato pertenece el siguiente fragmento:

“Hubo una vez, madre, en que te extrañé tanto que me arrepentí de haber pensado en tu muerte con alivio. Llegamos Conchita y yo a un pueblo cerca de la frontera. Nos demoramos un poco en su plaza; en un rincón soleado había dos personas. Una de ellas recostaba la cabeza en el hombro de la otra. Era una anciana, como tú, madre; tenía los ojos cerrados y temblaba, a pesar de la templanza de la tarde. El hombre, su hijo, le hablaba tiernamente al oído con palabras tranquilizadoras, pero su mirada tenía la infinita tristeza de los que han abandonado toda esperanza. No te inquietes, madre, le decía,

2 “De la guerra en Málaga. Recuerdos y reflexiones”. En Actas del curso de verano “Andalucía: Guerra y Exilio”. Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, 2005

3 “Málaga, ciudad sacrificada”. Adolfo Sánchez Vázquez. Hora de España. N.º 3. Valencia, marzo, 1937

4 Relato incluido en el libro “Historias sin historia”. Ediciones en Huida, Sevilla, 2014

mientras repasaba una y otra vez con la mano su cabello. La anciana de pronto pareció despertar de su letargo, se incorporó y miró al hombre a la cara. ¿Cuánto falta para llegar a Sevilla, Antonio? Ya casi estamos, madre; no se preocupe. Falta poco, muy poco. Igual que tú. Y su hijo contestó lo que yo hubiera contestado, madre. Lo que te contesté tantas veces. Ojalá me lo pudiera decir a mí mismo ahora, y creérmelo. Ojalá tuviera a alguien para preguntárselo y que me mintiera: falta poco, muy poco. Cuándo volveremos a casa, madre. Cuándo entraremos de nuevo en nuestras casas destruidas, en nuestros rincones favoritos, cuándo nos sentaremos a la mesa en la silla a la que llamábamos nuestro sitio y, al asomarnos a la ventana, cuándo veremos caras conocidas, los rostros de siempre, y cuándo oiremos las voces amigas, los sonidos que nos acompañaron desde que nacimos y que creímos que siempre resonarían en nuestros oídos. Cuándo, madre. Miénteme, dime que volveremos pronto, que todo estará igual y que seremos los de siempre. Miénteme, madre”.